

Regeneración: A Xicanacimiento Studies Journal

Volume 1
Number 1 *Regeneración: A Xicanacimiento
Studies Journal*

Article 14

2024

El único pecado de Chepita Rodriguez

Maria G. Vielma
University of New Mexico

Follow this and additional works at: <https://digitalrepository.unm.edu/rxsj>



Part of the [Chicana/o Studies Commons](#), [Cultural History Commons](#), [Ethnic Studies Commons](#), [Gender and Sexuality Commons](#), [Latin American History Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Latin American Studies Commons](#), [Latina/o Studies Commons](#), [Law and Gender Commons](#), [Law and Race Commons](#), and the [United States History Commons](#)

Recommended Citation

Vielma, Maria G.. "El único pecado de Chepita Rodriguez." *Regeneración: A Xicanacimiento Studies Journal* 1, 1 (2024). <https://digitalrepository.unm.edu/rxsj/vol1/iss1/14>

This Cuento is brought to you for free and open access by UNM Digital Repository. It has been accepted for inclusion in *Regeneración: A Xicanacimiento Studies Journal* by an authorized editor of UNM Digital Repository. For more information, please contact disc@unm.edu.

EL ÚNICO PECADO DE CHEPITA RODRÍGUEZ

MARIA G. VIELMA

Josefa “Chepita” Rodríguez fue ejecutada el 13 de noviembre de 1863. “Chepita” fue el apodo para Josefa, pero las transcripciones en inglés tal vez cambiaron el letrero a “Chipita.” Fue acusada de asesinar a John Savage, un comerciante de caballos, cuando se detuvo en la posada de Rodríguez para pasar la noche después de intercambiar caballos con las fuerzas confederadas. Los esclavos de la familia Welder encontraron el cuerpo de Savage en el río Aransas, y el Sheriff Means inmediatamente arrestó a Rodríguez y Juan Silvera. El sábado 10 de octubre de 1863, el Tribunal Decimocuarto de Distrito de Texas en San Patricio, bajo la dirección de Benjamin F. Neal, los juzgó y los encontró a ambos culpables de asesinato. El juez Neal sentenció a Rodríguez a ejecución en la horca, en contra de la recomendación del jurado, ya Silvera a solo cinco años de cárcel.

Muchos han intentado recrear la vida de Chipita y las ocurrencias del crimen con poesía, esculturas o pinturas. Leyendas existen de su fantasma caminando cerca del río con la cuerda alrededor de su cuello. Nunca se sabrá lo que deberas ocurio la noche del asesinato de Savage, pero como afirma Bernadine Hernández, “The abstraction of her labor, her body, and her voice further complicates her racialized positionality and relationship to gender and sexuality in the borderlands [...] Her racialized abstract labor is tied directly to the racialized gender violence that she experiences” (Hernández 104).

§

Según maté a un tal güero llamado John Savage. Que irónico, no? Que ahora me consideran a mi la salvaje que lo dejó en pedacitos. Tal vez esto les sirvió como excusa para deshacerse de mí—una viejita mexicana, prieta, soltera, con la pinche audacia de manejar un negocito en San Patricio. Nadie se me arrimaba, sin embargo cuando necesitaban de mi posada sí venían y pedían mis servicios. My casita ahí por el río Aransas en el Aldrete Crossing, les sirvió a ellos y a todos quienes quisieron, para dormir y comer. Algunas veces les ayudaba hasta a reparar esas cosas, los wagons

© Maria G. Vielma, 2024. All rights reserved.

para que siguieran su camino durante esta guerra. Sobreviví a mi manera, y desde la muerte de mi ‘apá, nunca he necesitado a nadie, pero sepa la bola lo que el pueblo de San Patricio decía o pensaba de mí. Tal vez yo era la bruja que temían, la que al fin iban a tener la satisfacción de colgar.

El disque tribunal creo que fue hace unas semanas. El tiempo ha pasado muy lentamente en esta celda fría. Mis únicos acompañantes han sido las pobres ratas que han preferido la comida que me han dado más que a mí. Solo sé que todavía es el año 1863, pero no he tenido ningún interés en contar los días. ¿Para qué? Si contar o preocuparme no cambiará nada. Estoy segura que el juez decidió colgarme por su pura pinche diversión. Al Silvera, mi disque ayudante, solo le dieron cinco años. Tal vez si yo hubiera tenido huevos como el Silvera, el juez le hubiera hecho caso al iuri y solamente me hubieran castrado. Pero soy una vieja, y a las viejas solo pueden quitarles los hijos, chingarlas o matarlas. Nadie sabe de mi hija. A los sesenta y tres años estoy muy vieja y tal vez fea para chingar. Así que solo les queda mandarme al infierno.

Ahora que espero en mi celda para conocer a la muerte, qué más puedo hacer que pensar sobre lo que me ha traído a esta realidad, la realidad de quien fui en esta vida, y la realidad que nadie jamás sabrá. Nunca me preguntaron si deberas fui yo la que lo convirtió en pedazos. Tal vez si me hubieran dejado abrir el ocico, no les hubiera gustado lo que tenía que decir. Lo que importa es que yo sí sé la verdad, pero en esta tierra sangrada por la violencia, confusa por su identidad, dirán que yo era solamente otra maldita pudriendo “su” tierra. Pero hasta lo podrido tiene su propósito y el mio, fue haber visto el crimen.

Sin embargo, empezaré con la verdad desde mi propio principio. De niña, mi ‘apá solo me decía Chepita, aunque mi nombre entero sea Josefa Rodriguez, como mi madre. “Es apodo pa’ Josefa, hija, Chepita por cariño” me decía, y así quedó la cosa. Creo que nací el 30 de diciembre de 1799, pero la verdad no sé porque no hay nada que lo confirme. Mi mamá murió durante la partida, así que nunca la conocí y mi papá dedicó su corazón entero solamente a mi existencia.

Vivimos los primeros años de mi vida honestamente en un pueblo chiquito con un nombre que está enterrado en alguna parte de mi memoria. En esos tiempos, a pesar del nombre que tenía, mi tierra no tenía identidad. Yo crecí cuando le decían Nueva España.

Mi ‘apá, Pedro Rodriguez, no sabía cómo dejar de ayudar a los

demás. No era alto, ni era muy guapo, pero en sus ojos se le miraba la belleza de su sinceridad. Nunca echaba mentiras, y era hombre de honor. Decía, “lo más valioso que tiene una persona para dar es su palabra, Chepita. Eso es el honor, y el honor a nadie se lo pueden quitar.” Me acuerdo que también me decía historias de nuestros antepasados, la raza indígena que lo hacían sentir que tenía que su existencia en este mundo era más significativo porque venía de sangre noble también—no solo de sangre traidora española.

Fue ese mismo sentimiento de nobleza que decidió su muerte. Los pinches hombres de este mundo seguían con sus guerras bajo el disfraz de revolución, y huimos al este. Nunca me han gustado mucho los problemas de gobierno, todos son problemas por y de hombres. Si las mujeres tuvieran algún dicho, no estaríamos peleando a lo tonto.

Pero a las mujeres no las escuchan, y en esos años la tierra cambió de nombre a México. Sin embargo, siguieron las guerras y aunque encontramos donde estar en paz por unos años en San Patricio, mi padre me dijo que España tenía planes de invadir otra vez. El día que se fue, me dijo, “Santa Anna me necesita, Chepita, igual que los Mexicas necesitaron a los hombres más fuertes para defender su tierra.” Sus ansias de mostrar su honor me dejaron sin padre. Me rompió el corazón.

§

Pasaron más años, y mi vida se volvió repetitiva en mi humilde hogar. Me quedé donde habíamos llegado mi padre y yo, y los dueños no tenían problema con que siguiera ahí mientras no los molestaba. Hacía mi vivienda sirviendo a quienes podía de los que pasaban por mi hogar. Muchos eran soldados, algunos eran vendedores y los demás no me decían. Los dejaba pasar la noche afuera en una camita, y les daba de comer del poco ganado que tenía alrededor.

Un día, tocó mi puerta un hombre con el pelo de oro. Era alto, con unos ojos azules que le daban una pinche mirada intensa que me ponían nerviosa de una manera que nunca había sentido. Dijo que era vendedor ambulante y viajaba con una carreta en donde cargaba las cosas que compraba y vendía en su camino. Tenía ropa de varias telas, algunos pares de zapatos y otras chucherías raras.

“Eth mi excutha para conother el mundo” me explicó,

“y solo athí pude encontrar a la mujer máth bella aquí en

San Patrithio.”

“Mejor vete por tu camino al sur, y no vuelvas aquí a menos de que sí sea cierto lo que me acabas de decir, güerito.”

“No quiereth saber mi nombre, amada?”

“¿Para qué? No vas a volver.”

Unos meses después, el maldito güerito regresó a mi puerta con una sonrisa de satisfacción. “Querida, buthqué duro, y con ganaths, pero ninguna comparó con su belletha.” Y así seguimos así por casi un año. Se iba, y regresaba después de unas cuantas semanas y me enseñaba las chucherías que se había encontrado en el camino y los lugares que conocía. Me encantaba escuchar sus historias, y por más que me pedía que me fuera con él el güerito, le decía que no.

“Pero eth que aquí ethas sola, amada, déjame llevarte de aquí y te prometo cuidarte”

“Cuidarme? ¿Como si fuera uno de tus artefactos que te encuentras en el camino? No. Aquí tal vez estoy sola, pero no estoy triste.”

Mientras tanto, empecé a sentir que me crecía la barriga. Me arropaba con mi rebozo, y solo salía al pueblo cuando era absolutamente necesario, pero en una de sus visitas, se dió cuenta el güerito, y con más razón quería que me fuera con él. Tonto. Le dije que para la próxima visita, que me trajera una partera del pueblo. No quería que nadie se enterara. Para qué, si no pensaba mantener ni un escuincle.

Después de dar a luz a una hija, le pedí al güerito: “Llevatela contigo. Ayúdala a conocer otro mundo. Porque aquí, con ese pelo rubio y una madre del color de esta tierra, en las tierras que se comieron a mi padre, nunca encontrará la paz. Está mejor contigo. Nunca me iré de aquí, que no soy como tu. Pero ahora, te puedes llevar un artefacto mío contigo.”

Nunca le di nombre a la niña, y nunca acepté saber el nombre del güerito. No me quise enamorar, si no soy mensa. Mi corazón lo enterré con mi padre. Jamás los volví a ver.

Han pasado más de veinte años, pero el tiempo solo se siente con el envejecimiento del cuerpo. Ya hacía tiempo que la tierra había cambiado de posesión de nuevo, pero ahora los tontos de este país pelean uno con-

tra el otro. Recientemente, me platicó un hombre que se quedó algunas noches que según en esa área de San Patricio se trasladaba el algodón hacía el otro lado, lo que sigue siendo México. Fue por ese camino que me llegó el tal maldito Savage.

Las hojas empezaban a cambiar de color cuando llegó con caballos, y solo me supo decir “Yo John Savage. Queeyero come-eeda” y “dormeer.” Pendejo no sabía que entendía algo de inglés, no más no era buena para hablarlo. Maté un pollo afuera para cocinar, y le puse la camita afuera para que se acostara. El resto del día, me la pasé afuera en el huerto tendiendo a mis plantas hasta oscurecer.

La única luz que alumbraba la noche era la de la luna llena, y ahí fue cuando los vi y escuché sus voces. Estaban en frente de la casa, pero no pude escuchar toda la conversación bien. De las tres voces, solo reconocí a la voz de Savage. Empezaron a gritar:

Liar

Traitor

You're going to pay.

Los otros dos hombres parecían yanquis, pero de los limpios con bigotitos de esos cabrones que se creen mejor a los demás. Uno de ellos era alto y tenía los ojos bien juntos uno con el otro, con la boca chiquita. El otro estaba más redondito, pero no decía mucho.

El de los ojos cercanos empezó a mover los brazos en desesperación, y se aventó el Savage. Comenzaron a lanzar golpes y se iban acercando al montón de leña más allá de la casita. De repente, el del bigote tomó el hacha que estaba al lado, y se lo enterró en la cabeza de Savage.

Grité.

§

Vinieron por mí a la siguiente mañana. El cuerpo lo habían dejado en un lugar donde se encontrara. Cuando llegó el chereef, vio la sangre a la entrada de la casa, donde preparaba los pollos. Que curioso que la sangre de los pollos y la sangre de un hombre que había perdido la cabeza parecieran iguales. No me preguntaron si fui yo, solamente tomaron la palabra de los que me habían acusado. Mi padre me hubiera recordado de que la palabra es nuestro honor, pero quien iba querer tomar la palabra de una vieja como yo.

El tribunal ocurrió unos días después, según para hacer la cosa al

pie de la letra. Entre a la corte en los grilletes, y volteé hacía el juez. Se me volvió fría la piel. En ese momento supe que el tribunal ya había decidido mi destino porque el hombre con los ojos cercanos y el bigotito era el que controlaba el mazo.

Me pensaban ignorante, pero la verdad es que hablaban mucho los que se quedaban conmigo y muchos se quejaban sobre todo. Yo sabía que el juez Benjamin F Neal ya había perdonado a varias personas acusadas de asesinato, incluyendo al fiscal y a varias personas del yurri. Tenía a sus achichincles en cada esquina, incluyendo al redondito Silvera. Con razón solo le dió cinco años.

Antes de concluir el tribunal, volteé a ver al iuri y dije:

“Yo no soy culpable.” Mi conciencia está limpia.

§

Me dijeron que hoy es el 13 de noviembre, y que ya se me acabó el tiempo. Supongo que finalmente aprendieron cómo atar la cuerda al rama del árbol, bola de pendejos. Ya es tiempo de tomar mi última caminata. El lazo hará su trabajo a pesar de si soy inocente o no. La gente siempre creará lo que le hacen tragar.

Camino hacía el árbol, mi caja la llevan detrás de mí, como un recuerdo que no tengo a dónde más ir que seis pies bajo este mundo. Me siguen muchos, y gritan:

Asesina

Fucking mexican

Animal

A nadie le importa la verdad. Me preguntan si quiero cubrir la cara. ¿Para qué? si desde el principio me vieron la cara de muerta. Colgaré como han colgado a mis antepasados, a mis hermanos en estas guerras, como mi padre. Los haré ver. En este mundo no existe la justicia.

No soy la única, ni seré la última en morir a manos de un mundo que me ve solamente en la forma en que les conviene, hasta que les da la gana de deshacerse de nuestro ser de esta tierra.

Mi único pecado fue ser algo que no querían, pero algo que fácilmente pudieron descargar. Sin embargo, en esta vida, nada de eso me ha caído como sorpresa. Tal vez en la próxima vida, Dios dejará que mi voz sea escuchada.

Abrieron la puerta, y pensé en miya.

BIBLIOGRAFÍA

M. Hernández, Bernadine. *Border Bodies: Racialized Sexuality, Sexual Capital, and Violence in the Nineteenth-Century Borderlands*. The University of North Carolina Press, 2022.